

EVOLUCIÓN DE LA RELACIÓN FAMILIA-ESCUELA

José Antonio Sosa Fariña

*Mi reconocimiento a la labor desarrollada en el ámbito de la educación
por mi querido amigo y compañero D. Jesús Asensi Díaz
con motivo de su reciente jubilación.*

RESUMEN

En este trabajo se aborda la necesidad de una estrecha colaboración entre la escuela y la familia como elemento indispensable para avanzar en la educación. Se reflexiona sobre la crisis de autoridad y la necesidad de construirla sobre la base del respeto al niño, sin coacciones ni castigos. Consideramos que la incongruencia de los tipos de educación familiar y escolar está en la base de la violencia, la agresividad y el acoso que existen hoy en la sociedad. Abogamos por el establecimiento de una ley de apoyo integral a la infancia que vele por su protección de manera real y eficaz.

PALABRAS-CLAVE: Relación escuela-familia, educación y agresividad, autoridad y educación, violencia y acoso escolar, protección a la infancia, ley integral del menor.

ABSTRACT

This paper discusses the need of a close connection between school and family, as an essential element to make progress in education. We reflect on authority crisis, and the need of building this authority from the respect to the child, without coercion or punishment. We consider that incongruity between family and school education constitutes the basis of violence, aggressiveness and harassment existing in nowadays' society. We plead for the establishment of a law that guarantees an integral support to childhood and that watches over childrens' protection in a realistic and efficient way.

KEY-WORDS: School-family connection, education and aggressiveness, authority and education, violence and harassment (bullying), protection to childhood, childrens' integral supporting law.

TODOS SOMOS CONSECUENCIA DE LA EDUCACIÓN RECIBIDA EN LA INFANCIA.

En el caso de Jesús Asensi, su vocación y su saber hacer provienen, en gran medida, del influjo de su padre, D. Enrique Asensi Bartolomé, un "Maestro de la República" que le sirvió de guía en toda su fecunda vida profesional. Pienso que la labor de estos "MAESTROS de la República",

marcó una impronta que perdura en nuestra sociedad porque si bien esa tarea se vio truncada por la guerra civil, nunca fue del todo silenciada. Podemos considerar que sobre el trabajo de esos profesionales se conformó el humus en el que pudieron desarrollarse muchos de los mejores cambios producidos en éste período democrático que ahora vivimos en España. He ahí el poder de la educación: aún cuando parecía que todo se había perdido, la semilla educativa da sus frutos de manera inesperada.

Mis reflexiones se enfocan en este caso hacia la importante vertiente de la relación familia-escuela. No voy a acudir a las numerosas fuentes que ya han tratado del tema y a las que cada cual puede acceder e interpretarlas de ese modo personal y propio con que cada lector revive y experimenta lo que lee. Me apoyaré únicamente, en mi dilatada experiencia vital y profesional con más de cuarenta y cinco años de servicios en diferentes tareas pedagógicas.

Ante todo deseo destacar cómo en muy poco tiempo, la relación escuela-familia ha sufrido una gran transformación. En el último tercio del s. XX, los maestros y sobre todo, los profesores de Enseñanza Secundaria y de Universidad estaban investidos aún, de una autoridad “per se”, que se manifestaba externamente. Era costumbre arraigada que cuando el profesor entraba en el aula, los alumnos se levantaban y saludaban de manera automática del mismo modo que se hacía en la iglesia y al más puro estilo militar. Se trataba de una incuestionable actitud contagiosa, una obligación tácitamente aceptada que no sólo se practicaba dentro de las aulas sino también en los pasillos y aún en la calle cada vez que pasaba algún profesor.

Los padres respetaban y confiaban ciegamente en el maestro hasta tal punto que delegaban en él toda su autoridad para que pudiera castigar incluso físicamente a sus hijos. “Usted péguete - decían- para que aprenda”. Todo ello acorde con lo que ocurría en el ambiente familiar donde habitualmente se practicaba el castigo físico y en el marco de la mejor tradición bíblica que defendía consignas tales como: “La letra con sangre entra”. “La vara se endereza cuando está verde”, etc.

En mi infancia padecí algunos castigos, que eran habituales para determinados alumnos considerados torpes: insultos, arrojarte el libro o los trabajos al suelo seguido de uno o varios bofetones, permanecer de rodillas, a veces sobre granos de maíz y otras con los brazos en cruz sosteniendo pesados libros en las manos sin que se permitiera flaquear, y tantas otras lindezas heredadas de la Santa Inquisición. Los padres no protestaban por ello. Antes al contrario, en muchas ocasiones enviaban palmetas o varas de almendro a fin de ayudar a los maestros a imponer la disciplina en el aula. Otras veces eran los propios alumnos los que las traían para congraciarse con el maestro porque abrigaban la esperanza de ahorrarse, de ese modo, algún que otro azote. Las palmetas ocupaban un lugar preeminente en la mesa del maestro. Allí a la vista de todos, permanecían amenazantes durante toda la clase.

A partir del año 1962, erradiqué esa costumbre de mi docencia haciendo saber que probaría la vara con aquel me trajera alguna. Sin embargo, en el entorno siguieron empleándose durante mucho tiempo de tal modo que en los años setenta y más tarde, estaban vigentes aún en muchas escuelas. En mis clases se sustituyó el castigo físico por una “Lista de amigos del maestro” de la que, dándole un cierto carácter histriónico, se separaba públicamente a aquellos que no cumplían con sus obligaciones. Al poco tiempo rechacé también esta medida al comprobar que el castigo moral o el psicológico, sobre todo si es ejercido en público, puede resultar más duro y humillante que el castigo físico. Mi experiencia me ha llevado a defender a ultranza el estímulo positivo porque siempre me ha dado muy buenos resultados. Hemos de reconocer que esa situación dictatorial extrema, era muy agradable para el maestro cuya autoridad era indiscutible y le venía

conferida como consecuencia de su estatus, aún cuando no tuviera condiciones para ejercer la profesión.

En la actualidad, cuarenta años más tarde, hemos pasado a otra situación extrema en la que, frecuentemente, los maestros se sienten amenazados y se exponen a ser agredidos por los padres o por los propios alumnos si su manera de actuar no coincide con el punto de vista de la familia o contradice los intereses y las expectativas del alumnado. Algunos achacan ese cambio tan brusco a un exceso de libertad y a un defecto de la democracia. Añoran aquellos tiempos en que el maestro no era cuestionado, hiciera lo que hiciera. No cabe duda que educar en la dictadura es más cómodo que educar en y para la libertad. En el primer caso, la autoridad viene dada con el título. En la democracia, la autoridad hay que ganársela día a día con el trabajo, la preparación y el respeto hacia los demás.

Pero... ¿qué ocurre ahora? ¿Por qué algunos docentes claman pidiendo a los gobiernos y a la sociedad para que se les devuelva la autoridad que han perdido? ¿Por qué los padres han perdido, también, su autoridad dentro de la familia? ¿Quién o quiénes se la han quitado?. Probablemente, ni padres ni maestros hemos recibido una preparación suficiente como para quedar investidos de esa autoridad tan necesaria en la educación. Tenemos muy claro que sin autoridad no es posible educar. Pero la autoridad bien entendida no consiste en despertar temores, en castigar, ni en corregir las fallas de los alumnos de cualquier modo y “porque sí”, “porque soy su padre o porque soy el maestro”.

La auténtica autoridad, aquella que genera la confianza y el respeto profundo en los hijos o en los alumnos es la que emana, precisamente, de la actuación respetuosa del padre o del profesor hacia ellos. La que emana de la comprensión, aún en los momentos en que se comporta mal, lo que se manifiesta corrigiéndole sin agresividad y ayudándole a superarse siempre. Cuando los niños sienten que tratamos de ayudarles en sus dificultades, sin rencores, amenazas ni castigos, es cuando surge y se desarrolla esa confianza que facilita la comunicación y el entendimiento. Después de esto, el respeto al maestro o al padre viene dado, sin más, como una consecuencia lógica de su quehacer. Los padres y los maestros que así actúan acaban convirtiéndose en modelos para los jóvenes cuando éstos pretenden estructurar su personalidad y tratan de organizar su vida.

Fuimos educados en un ambiente de coacción y obligados a practicar el respeto ciego a la autoridad que, muchas veces, resultaba arbitraria e injusta. Ahora, con esos precedentes y sin la necesaria preparación, se nos impone la tarea de educar en la democracia que reconoce una serie de valores y derechos que nosotros no tuvimos. Generalmente nos alegramos de las ventajas conseguidas pero..., cuando surge un problema, echamos mano rápidamente de los métodos bruscos y abusivos que emplearon con nosotros y los aplicamos de manera irreflexiva con la mayor tranquilidad. Enseguida encontramos una justificación fácil y decimos: “con nosotros los usaron y sobrevivimos, por tanto, esos métodos no son malos”.

Aunque el asunto parezca sencillo, hemos de reconocer que no estamos preparados aún para eliminar de la acción correctiva esa carga de rencor y agresividad con la que innecesariamente solemos adornarla. Nos falta la vivencia profunda, la predisposición necesaria para poner en práctica una actitud serena, de ayuda y comprensión para con nuestros hijos y para con nuestros alumnos.

NECESIDAD DE UNA ADECUADA RELACIÓN ESCUELA-FAMILIA.

La escuela como institución creada para favorecer el desarrollo del niño pretende ayudar a las familias en el importante cometido de la educación. En ese sentido supone un complemento de la acción educadora doméstica y un punto de encuentro entre los intereses de las familias y los intereses de la sociedad. El ámbito de influencia de ambos estamentos se nos representa como dos círculos secantes de modo que, la familia y la sociedad, mantienen una zona de intereses comunes en lo que concierne a la vida del niño, que puede ser de apoyo y de enfrentamiento a la vez, porque sus objetivos no siempre son coincidentes.

En esa zona común de influencias, el niño trata de estructurar su propio círculo vital emergente. Viene a la vida con la intencionalidad de crecer sin límites apoyándose en los medios que los padres y la sociedad le proporcionan y de los que pretende apropiarse de manera original de acuerdo con sus vivencias personales y sus propios intereses. Y dado que la vida de los niños se desarrolla en el marco de la familia y en el ámbito de la escuela, esos dos entes, no sólo deben estar íntimamente conectados sino que deben marchar en una misma dirección.

Cuando la familia y la sociedad dirigen sus esfuerzos en la dirección de establecer un clima de respeto y apoyo al niño, se está facilitando su auténtico desarrollo. En cambio, si hay discrepancias, los resultados pueden llegar a ser catastróficos para el niño que crecerá desestructurado, a la deriva, sin alcanzar la autoestima ni una imagen nítida de sí mismo; pero también son malos resultados para la propia familia y para la sociedad que suelen verse seriamente perjudicadas.

El niño es un ser maleable en el que se imprimen con facilidad una serie de huellas en forma de conocimientos, de sentimientos, de actitudes... adquiridos durante los primeros años de su vida a través del contacto con sus próximos. Esas huellas pueden ser potenciadas tanto de manera positiva como negativa, por las actuaciones, muchas veces contradictorias, de las personas que le rodean. Algunos niños llegan a la escuela maleados, con costumbres poco edificantes, carentes de herramientas útiles para asimilar lo que ocurre en su entorno y para comprender lo que se espera de ellos. La escuela, en lugar de tratar de compensar esas carencias, suele utilizar los mismos métodos: repite los esquemas y actitudes de la problemática familiar. Y no es eso lo que se espera de ella.

La escuela ha de ser un remanso de paz, un laboratorio de trabajo interesante y un foco de influjos positivos encaminados, incluso, a cambiar la propia dinámica del hogar si consideramos que no es la adecuada. La tarea no es fácil porque aquellos niños que han sido criados en un ambiente poco favorable, tardarán en comprender que existe otra manera diferente de relacionarse con los demás. Las dificultades, que son muchas, no deberán llevarnos a claudicar renunciando a cumplir con nuestro deber ni dejarnos arrastrar por la comodidad de adoptar los mismos procedimientos y métodos negativos que el niño vive en su familia. De ahí que el establecer una relación eficaz entre la escuela y la familia no sea algo accidental sino el meollo de toda la acción educativa que ambos estamentos están abocados a desarrollar. Por eso, a la escuela y a la sociedad debemos exigirles no sólo la necesaria congruencia sino la comprensión de todas y cada una de las singularidades que trae el niño como consecuencia de su vida anterior.

El conocimiento de las virtudes y de los vicios adquiridos así como el modo como fueron implantados, el influjo anterior y presente de las personas y las situaciones que le rodean, han de ser elementos a trabajar en la escuela desde el convencimiento de que al alumno no puede considerársele responsable de ninguna de las adquisiciones negativas que manifieste. Se espera

que la escuela haga desaparecer en los niños los vicios y que potencie las virtudes, los conocimientos, la responsabilidad, los sentimientos de solidaridad y de comprensión, etc. Y para este delicado trabajo precisa de toda la información relacionada con los alumnos.

Por otra parte, a las familias debemos exigirles un comportamiento de colaboración con la escuela acorde con las necesidades del niño con vistas a favorecer su desarrollo individual y a facilitar su integración social. En consecuencia, sería interesante que los padres proporcionaran la mayor cantidad de información posible sobre las relaciones de todos y cada uno de sus miembros respecto de los niños. También, convendría que se sometiesen a una crítica sana de su dinámica familiar en lo relacionado con la educación de los hijos efectuada en colaboración con otras familias y con especialistas en la materia. Por supuesto, los datos que se aporten deberán tratarse con la máxima discreción, respeto y seriedad y utilizarse, sólo por los expertos, únicamente para fines de ayuda al niño sin que bajo ningún pretexto puedan divulgarse.

Otro tanto habría que pedir a los docentes para que con un grado de humildad notable se sometan a juicios semejantes.

Pero, hasta hoy, ni a las familias ni a los docentes se les ha dado una preparación específica para establecer una buena relación escuela-familia que proporcione una coordinación eficaz, sana y sin fricciones. Es esta una grave falla que convendría subsanar cuanto antes. La tarea no es fácil, porque ¿Quién nos asegura que los datos que se proporcionen no serán aprovechados por algunos maestros para justificar su posible incompetencia y maltratar a algunos alumnos? ¿Están los padres preparados para efectuar esa especie de desnudo del alma y para comprender y llevar a cabo las recomendaciones que pudieran hacerles sin que su relación con los hijos y con los profesores se vea empañada por prejuicios, creencias, rencillas o situaciones problemáticas previas?

LA EDUCACIÓN EN EL SENO DE LA FAMILIA

La familia es una antiquísima institución, muy necesaria y respetable, que se fundamenta en la unión entre personas mediante lazos afectivos para posibilitar el progreso de todos sus componentes. Sin embargo, al no haberse efectuado una revisión seria de sus modos de funcionamiento tenemos la impresión de que su eficacia se ha ido desvirtuando. Y no sólo en cuanto al apoyo mutuo que deben prestarse sus miembros (a veces, acaba convirtiéndose en un campo de batallas con deseos de mutua aniquilación entre algunos de ellos), sino en relación con la educación de los hijos que es lo que aquí nos ocupa.

La educación en el seno de la familia carece de una planificación general, de una preparación previa, de una orientación unívoca, de unas pautas y directrices que garanticen el mejor desarrollo de los niños. Existen sólo unos márgenes laxos cuyos límites tutela la sociedad pero, únicamente, con la intención de evitar la ocurrencia de casos extremos que cuando suceden, sacuden la sensibilidad y la paz social.

La entrega y el apoyo entre todos sus miembros que precisa la institución familiar en aras del bien común, exige un adiestramiento y una preparación que permita, además de aunar puntos de vista diferentes, equilibrar la aportación de cada uno y evitar los abusos, la utilización y las desigualdades en el ámbito de lo posible. Asimismo, se deben evitar desencuentros o choques entre puntos de vista diferentes, delante de los niños. Como esto no suele darse, la familia se ha convertido en una institución contradictoria que, pretendiendo conseguir ventajas para el conjunto, con frecuencia consigue lo peor y destruye, sin querer, aquello por lo que lucha.

No nos resulta fácil desarrollar esta idea y por ello recomendaremos como método de trabajo la observación de actos y sucesos que ocurren a diario en nuestro entorno respecto de la educación que reciben los hijos en el seno de las familias. Y ello con el sólo fin de comprender mejor el tipo de niños que nos llegan a la escuela. Abogamos por la creación de un ambiente propicio que incite a nuestros gobernantes a desarrollar un plan sistemático encaminado a proteger la dignidad de los niños y a defenderles a ultranza de los numerosos abusos que, con total impunidad, sufren hoy en nuestra sociedad sin que nadie les defienda.

Efectivamente, en aras de la libertad individual y del respeto a la intimidad cerramos los ojos ante verdaderos desmanes que ocurren en el seno de las familias en relación con el cuidado y educación de los hijos con resultados perversos que luego afloran cuando los niños pasan a la escuela o participan de la vida social. Entonces, nos dedicamos a perseguir su agresividad, su violencia y sus modos antisociales de comportamiento porque los padres, que en muchos casos las han creado de manera involuntaria, ya no pueden hacer nada para orientarles. Los problemas que muchos niños crean en las escuelas por el tipo de educación recibido en el seno de las familias trastornan la dinámica de las clases y agota la paciencia de muchos docentes y padres. No podemos olvidar que los niños en su inmensa mayoría sufren violencia por parte de los adultos por la falta de preparación de éstos para ejercer la importantísima tarea de ser padres. Como consecuencia aprenden a ser violentos y lo ejercen luego de un modo original e inesperado que nos resulta sorprendente.

Para ser médico, maestro, enfermero, militar o zapatero se exige una preparación previa. Para ser padres, no. Confiamos todo lo más, en unos cursillos prematrimoniales de dudosa eficacia. Y, principalmente, esperamos que los nuevos padres sepan aplicar adecuadamente lo aprendido por la vía del ejemplo en el seno de sus respectivas familias y sin que exista una intencionalidad educativa. Cuando esas familias las integran gente formada, educada, las cosas pueden marchar bien. Cuando, por el contrario, se carece de esa formación específica para la paternidad, los resultados suelen ser deprimentes y muy perjudiciales para los propios individuos y para la sociedad.

Cualquier persona adulta tiene derecho a unirse a otra en matrimonio, faltaría más. Pero otra cosa muy distinta debiera ser el derecho a procrear, a engendrar y a educar a un hijo si no se tiene la preparación y la predisposición para hacerlo. Y ello porque hay terceras personas que pueden verse seriamente perjudicadas. No hay control para las frustraciones, intereses y vivencias de los adultos respecto a su deseo de ejercer la paternidad. No es fácil intervenir en este campo, lo sabemos..., pero es urgente regularlo con valentía y seriedad, a pesar de que pueda resultar gravoso incluso desde el punto de vista económico.

Estamos convencidos de que la violencia y los prejuicios que se generan en la infancia están en la base de todo tipo de violencia posterior. Por eso, preocuparse de este tema es para nosotros tan urgente o más que la Ley de Dependencia o la Ley de Violencia de Género, aún reconociendo lo importante que son estas leyes. Efectivamente, son leyes que quieren solucionar serios problemas ya existentes en nuestra sociedad. Sin embargo, no se aborda la auténtica prevención que consiste en educar al niño con respeto profundo desde el momento en que nace y en ejercer la tutela eficaz por parte de la sociedad para evitar que la ignorancia y las malas prácticas lo maleen, lo desvíen de su normal desarrollo y lo conviertan en un ser agresivo y antisocial. Lo que pudiera dedicarse desde ahora a esta importante tarea, no será nada gravoso comparado con el ahorro que se experimentará luego en cárceles, procedimientos judiciales y costosas terapias. Además, nos podríamos evitar muchos disgustos y enfrentamientos que nos amargan la vida

cuando, por ejemplo, nuestros hijos sufren acoso en las clases por parte de otros niños criados sin horizontes razonables.

Hemos dicho que intentando conseguir lo mejor para la prole, la familia obtiene, con muchísima frecuencia, resultados indeseables que van en contra de sus propios deseos e intereses. Para demostrarlo bastaría analizar aspectos habituales cómo, por ejemplo:

- **La alimentación:** Al tratarse de una necesidad básica debiera resultar una actividad agradable. Sin embargo, en la mayoría de las familias, la alimentación de los niños se convierte en un auténtico calvario. Los padres marcamos la hora de la comida y nos empeñamos en que los niños coman cuando no tienen ganas aquello que nosotros queremos y que no coman cuando ellos lo necesitan. Nos vamos al parque a ver si allí se toman el yogur, sufrimos lo indecible para conseguir que se tomen... al menos una cucharadita más, etc. etc. El acoso en este sentido, que suele ser terrible, lo transmitimos a los comedores escolares donde muchos cuidadores obligan a los niños a comer hasta hacerles vomitar. “¿Te lo comiste todo?”, suele ser el saludo habitual de muchos padres cuando recogen a sus hijos en el centro educativo. Es una obsesión.

- **El sueño:** No les dejamos dormir cuando tienen sueño para que duerman luego y no nos den la noche. Resulta que los niños no se duermen cuando queremos forzarles a ello y sí lo hacen cuando se hallan relajados, conversamos con ellos un ratito o les leemos un cuento. Pero..., para eso, nunca tenemos tiempo.

- **El baño y la higiene, el vestido, etc:** Los desorganizamos porque no tenemos tiempo para permitirles hacer todo lo que los niños quieren cuando aspiran a conseguir su autonomía ni les ayudamos para que la obtengan. Luego les exigimos o nos enfadamos porque perdemos mucho tiempo en hacer “sus cosas”, en recoger lo que desordenan... Todo lo que son apoyos y estímulos positivos en el primer año de vida se va convirtiendo en desconfianza y dureza por temor a que abusen de nosotros y los demás nos consideren padres débiles. Nos curamos en salud. No les permitimos coger las cosas porque se pueden romper y cuando rompen algo nos enfadamos.

- **La micción:** Qué líos cuando se hacen pis. “Hablas todo pero no pides la pipí”, les decimos enfadados y... hasta les castigamos “para que aprendan a pedirlo”. Los niños se encuentran inmersos en una situación airada sin saber por qué ocurre. Interferimos así su normal desarrollo ya que en lugar de atender a las señales de su organismo que le indican cuando se va a producir la excreción, tratan de comprender por qué cuando se les escapa se forma tan gran alboroto, se les riñe o se les castiga. Como consecuencia, procuran evitarlo y aguantan hasta que no pueden más y... ocurre de nuevo. Finalmente un día ya lo entienden pero a veces pasan años sin conseguirlo.

- **El chupete:** Empleamos el chupete para calmar al niño cuando tiene hambre porque decidimos que, según nuestro reloj, aún no debe comer. Luego nos empeñamos en quitarle la costumbre de un día para otro. La gente nos hace notar que ya es muy mayor para tener chupete... De pronto, nos confabulamos todos y queremos quitarle la costumbre, ¡ya mismo! Y gracias a nuestro empeño conseguimos que el niño se aferre aún más y lo convierta en un vicio que resulta muy doloroso abandonar. Y lo que es peor se siente agredido por aquellos en los que confía porque quieren quitarle a la fuerza, sin más, lo que se le venía dando con agrado.

- **Las mentiras:** Engañamos a los niños, porque no se les puede decir todo. Luego desconfiamos de ellos y les decimos: “No me mientas... Los niños no dicen mentiras...”, etc. Su ingenuidad y su frescura la embarramos con nuestro modo de ser y de actuar lleno de desconfianza, de frustraciones y de malicia.

No es este el espacio adecuado para reflexionar sobre estos asuntos tan obvios. Sólo queremos destacar el clima que se crea con frecuencia en las familias y que lleva poco a poco, a situaciones violentas que, por lo frecuentes, acabamos considerándolas como algo normal. Se trata de esa lucha dura y difícil que los “pobres padres” tienen que librar contra la “maldad de esos enanos” que sólo nos traen problemas.

En esos ambientes se educan muchos de nuestros alumnos y las consecuencias son imprevisibles. Cada día saltan a los medios de comunicación algunos casos deplorables de niños que padecen violencia: menores que son atados a una mesa, agredidos física y psicológicamente, atendidos en los hospitales por supuestas caídas y hasta asesinados cobardemente. No son sino escasas muestras de los millones de casos que constantemente se están produciendo y que no trascienden. Está tan asumido el maltrato “para enderezar la vara verde” que hasta algunos personajes de relevancia llegan a defender en tertulias radiofónicas y televisivas la terapia del “cachete a tiempo” como la mejor medicina para educar a un niño. Y suelen completar el argumento con la frase: “A mi me los dieron y aquí estoy”. Se postulan como ejemplos vivientes porque se consideran seres perfectos.

Hasta hace poco y aún hoy, algunos mayores que oyen como algunos padres golpean y riñen con violencia a sus hijos concluyen: “Si lo mata, su hijo es!” Sigue firme la creencia de que los hijos son propiedad de los padres y confunden el deber y el derecho que tienen de educarles con ese sentido de propiedad por el que cosificamos a los niños y los reducimos a la categoría de simple objeto. En muchas separaciones matrimoniales queda patente esta consideración de objeto. Los padres suelen utilizarlos como arma arrojadiza para hacerse daño mutuamente sin tener en cuenta los sentimientos, los afectos ni las necesidades de estos niños...

Son tantas las circunstancias que concurren en el desarrollo personal de los individuos que algunas personas que han sufrido maltrato pueden encontrar cauces favorables para su integración y conseguirla de manera aceptable. Otros, por el contrario, tropiezan con circunstancias y elementos que refuerzan sus conductas antisociales llevándoles a la marginación y al más absoluto rechazo de todo lo establecido. Nuestras estructuras sociales se enfocan hacia la represión de los actos que se consideran inaceptables mediante el castigo, la cárcel, el aislamiento en centros especializados, etc. Es una forma muy primaria de afrontar los problemas. Nos despreocupamos de la prevención y por ello estamos predispuestos a confiar en que la actividad desarrollada por los padres y por los maestros es la adecuada, aunque no lo sea. Desde luego, es la más cómoda. Pero surgen muchos casos que nos inquietan.

Este mismo año, nos impresionó sobremanera la noticia que saltó a los medios de comunicación referida a un matrimonio. La mujer se sometió a un tratamiento de inseminación artificial y, de manera inexplicable, asfixió a la hija cuando sólo tenía cinco meses, apretando la almohada contra su inocente rostro. ¡Esa hija tan deseada, en teoría, y que se supone tan querida!. Luego arremetió contra su marido que dormía despertándole a puñetazos. ¿Qué pudo haber pasado? ¿Qué hubo en la vida anterior de estas personas?. Probablemente, en este caso, la maternidad se buscó para superar alguna carencia íntima o para intentar salvar una crisis matrimonial. Los médicos se preocuparon de prepararla físicamente para poder engendrar, pero nadie preparó a esta mujer psicológicamente para que pudiera atender de manera responsable a esa niña tan deseada.

¿Es este un hijo engendrado como terapia para ayudar a una mujer a superar sus problemas psíquicos? Si es así, resulta una solución aceptable, recomendada por muchos y que parece bien. Pero esta aceptación generalizada contrasta con el revuelo que se ha producido recientemente

porque se ha engendrado un hijo para salvar a su hermano enfermo de muerte mediante unas células de su cordón umbilical; muchos lo consideran una grave inmoralidad. Nos resulta inaceptable e inmoral ese fariseísmo, esa doble vara de medir en base a no sé que criterios. Probablemente esta señora o mejor, este matrimonio, no estaba preparado para entender que un niño no es un muñeco, sino que llora cuando tiene hambre, cuando tiene sueño o cuando no le dan cariño. Ese cariño que precisa tanto, o más, que el alimento porque le proporciona los sentimientos de seguridad y de aceptación, imprescindibles para su desarrollo.

Con frecuencia algunos padres viven ajenos a lo que ocurre a su alrededor, no entienden que pueda haber algo distinto de la mera satisfacción de las necesidades materiales y duermen a pierna suelta mientras la compañera se desvela con sus preocupaciones íntimas. Y pagó quien no tenía culpa. Cuando ocurre alguno de esos casos terribles, procede la intervención de la Justicia. La sociedad cumple con su deber encerrando en la cárcel a esta presunta delincuente. Los medios de comunicación los explican con todo lujo de detalles. Después, dormimos todos tranquilos.

¿Y la niña? Ya nadie la recuerda... Nosotros consideramos que esa niña ha tenido mucha suerte porque su sufrimiento, que pudo perdurar muchos años, duró poco. O, tal vez tuvieron suerte también, la escuela y la sociedad en general porque, criada en un ambiente hostil y agresivo se hubiera convertido en una niña molesta, hiperactiva, incómoda, agresiva, etc. a la que habría que seguir castigando y a la que todo el mundo rechazaría. Y encima la considerarían un ser monstruoso marcado con el sello de la ingratitud por no haber sabido agradecer los desvelos y el “buen saber hacer” de sus progenitores y de sus maestros. “Esa desagradecida..., tendría que besar donde ellos pisan”.

Contamos con una larga serie de chicos inteligentes que fracasan en sus estudios y en su integración social. Pero, no nos engañemos. No son ellos los responsables de su fracaso, de su falta de simpatía, de su carencia de ingenio, de su falta de sensibilidad y de alegría. En todos los casos, son víctimas. Y su comportamiento representa la manifestación externa del sufrimiento y la incomprensión que han tenido que soportar sin recibir el apoyo necesario para superarlo. “No estudia porque no quiere” -decimos- ¡Qué fácilmente nos sacudimos la responsabilidad!

Miles de actuaciones negativas que marcan la vida de los niños se producen todos los días:

-La madre (o el padre) habla con otros adultos. El niño llama: “Mamá”, (ni caso), sube el tono: “Mamá”, (sigue sin hacer caso; se trata de un mocoso que no merece atención y los adultos no entenderían que se interrumpiera la conversación para atenderle)... A la cuarta o quinta llamada la madre le responde con agresividad: “Niño, ¿no ves que estoy hablando? Cállate”. ¡Extraordinario modo de enseñarle a respetar, a escuchar, a convivir...!. A estos mocosos no nos vamos a molestar en enseñarles con dulzura y suavidad. “Tienen que saber..., que ya es mayorcito...” Frase mágica que justifica la agresividad del adulto... Y ¿Quién se lo enseñó? ¿Lo traía en sus genes? Y, como complemento, cuando el niño trata de hablar se le interrumpe, no se le escucha, porque lo que dice no tiene ningún valor.

-Muchos padres/madres usan a los niños para presumir ante los demás manifestando sus progresos en el lenguaje, en el ingenio, en sus aprendizajes o para exhibirlos muy limpios con trajes bonitos. Del resto..., que nos permitan vivir tranquilos, que no nos molesten. Cuando nos apetece y estamos de buen humor, disfrutamos y nos reímos con sus expresiones equivocadas, sus manifestaciones inesperadas, etc. Y cuando nos cansamos..., se acabó. Ya lo dice Serrat: “Niño, cállate y vete a jugar con la pelota”.

- Si el niño grita, le gritamos “para enseñarle que eso no se hace”. Si pega a su hermano o a otro niño, le pegamos para que no lo haga. O mejor, ya antes le hemos pegado, en un alarde de abuso y cobardía, cuando algo no nos gusta. Y así, con nuestro ejemplo, aprende a pegar; cosa que luego no le permitimos hacer.

- Nos despistamos y el niño se separa de nosotros interesado por descubrir el mundo que le rodea y ajeno a sus peligros. Lo buscamos desesperados imaginando un rapto o un accidente. Cuando lo encontramos, en lugar de manifestarle nuestro cariño y de explicarle nuestra preocupación por él, le pegamos para que no vuelva separarse. Esto resulta más cómodo que cumplir con nuestra obligación de estar atentos y vigilantes para protegerles. Le adiestramos porque pretendemos que nos siga como un autómatas mientras nosotros charlamos con nuestros conocidos de asuntos “siempre muy importantes” o miramos escaparates con el orgullo de poder demostrar a los demás que nuestro hijo no se atreverá a separarse.

- Les obligamos a ser altruistas, a compartir, a regalar. Cosa que no hacemos los adultos y que le criticamos luego, cuando dan algo sin consultarnos.

- Les limitamos constantemente por temor a que se caiga o que le ocurra algo malo. ¿Lo hacemos por él o para nuestra tranquilidad..? “Como te caigas te pego”.

- Hablamos de todos los temas delante de los niños pero queremos que no lo repitan. Les damos constantemente un cursillo de simulación, mentira, falsedad, doblez. Pero les castigamos cuando dicen mentiras. Otros, por el contrario, dan informaciones innecesarias e incomprensibles en aras de un malentendido respeto por la verdad.

Así nos educaron y así educamos: abusando constantemente de esa autoridad que se nos ha concedido y que pocas veces nos la hemos ganado. Hay todo un catálogo de incongruencias que sería prolijo enumerar aquí y que todos conocemos en la vida diaria en nuestra casa o en la casa del vecino. Afortunadamente no todo el mundo actúa del mismo modo, pero son mayoría los que no sabemos o no tienen tiempo ni medios para ayudar a sus hijos a estar en este mundo con alegría y optimismo, a comprender lo que ocurre en su entorno, a disfrutar, a jugar y a reír.

Y no vamos a entrar en el cenagoso ámbito del abuso infantil en el campo de la sexualidad por parte de pederastas dentro y fuera de la propia familia, o la utilización de los hijos como arma arrojada en los procesos de separación matrimonial, o en el trabajo esclavizante o infundiendo temores irracionales para dominarles mejor, etc. Son aspectos que convendría analizar en profundidad porque de esas incongruencias surge la pérdida de confianza, el enfrentamiento y la indisciplina y se instala en las familias una dinámica peligrosa que no se sabe a donde puede llevarnos. ¿Qué hay detrás de cada una de esas conductas de los adultos? No interesa profundizar. Pero es muy probable que el niño que ha vivido la violencia en el seno de su familia, sea violento luego en su vida adulta.

Muchos de los casos monstruosos que ocurren en la sociedad no podemos relacionarlos con una posible mala relación afectiva en el seno de la familia, sencillamente porque desconocemos como ha sido ésta y resulta más cómodo achacarlo a esa maldad original del alma humana “que no sabe canalizar o sublimar los malos influjos del demonio”. Son casos aislados que nos aterran y que rápidamente olvidamos sin profundizar en las causas que los provocan. Dos ejemplos extremos:

1.- Ese “monstruo” austriaco que mantuvo encerrada a su propia hija con la que cohabitó repetidamente engendrando seis o siete hijos con ella. Parece que ha confesado ahora que tuvo una

malísima relación con su madre a quien temía y a la que, cuando fue mayor, mantuvo encadenada a su cama en una habitación cuyas ventanas tapió. ¡Como nos impresiona esta noticia tan terrible e inexplicable con la que se nutren tantos programas de televisión y tantas páginas en los periódicos...! ¿Qué hace la sociedad para evitarlo? Encerrarlo en una cárcel que es lo único que toca ahora.

2.- Ese chico deficiente que asesinó a su madre y se paseaba con su cabeza bajo el brazo acariciándola y diciendo algo así como: “Ahora no hablas, mamá”. Nos lamentamos respecto del desenlace. Pero... ¿Cuál es la causa o el origen de estos sucesos...? ¿La deficiencia del criminal era genética o fruto del maltrato y la sobreprotección de esa madre? Ante estos impresionantes sucesos cabe preguntarse: ¿Dónde está el demonio que provoca estos hechos horribles y donde está Dios que no los impide? ¿Qué puede hacer la sociedad para evitarlos?

La sociedad ha de buscar medios eficaces de prevención basados, necesariamente, en la educación y en el profundo respeto hacia el niño. Educar con agresividad es un sistema inadecuado e incómodo porque la guerra y el enfrentamiento nunca han sido gratos; salvo que queramos fabricar dóciles vasallos llenos de frustraciones y rencores que deberán ponerse al servicio de los más fuertes y mejor preparados para poder sobrevivir.

Hay un caso muy frecuente de agresividad que yo llamaría el “Síndrome de Rebeca”, referido a la relación de la madre con el primero de sus hijos. Se trata de una época de aprendizaje de la profesión de madre que, como todos los aprendizajes, resulta preocupante y dolorosa. Con el segundo hijo ya se ejerce la función con naturalidad... Estamos interesados en profundizar en este tema por entender que es el foco de numerosos desencuentros en el seno de las familias. Rencores por la intervención de los adultos a favor de uno o en contra de otro de los hijos, sin conocer a fondo lo que ocurre, celos, envidias y todo un mosaico de problemas que muchas veces perduran en el tiempo y marcan a los individuos de por vida. Es frecuente que se de un cachete a un niño porque pegó a su hermano un año o dos más pequeño. Le castigamos por lo que consideramos un abuso. ¿Y no es mayor el abuso que comete el padre o la madre? ¿No son mayores y no tienen más fuerza? Y luego se establece una dinámica donde el más pequeño adquiere “patente de corso” para hacer lo que quiera y sólo tiene que gritar o llorar para que castiguen a su hermano. Echamos de menos aquella forma de resolver el problema que tenían nuestras abuelas: cogían a cada uno de los hermanos litigantes entre sus brazos uno a cada lado y ponía paz entre ellos hablándoles suavemente sin tomar partido por ninguno, queriéndoles a los dos y animándoles a no enfrentarse.

Pero no cabe aquí enumerar ninguna más de esas cosas tan conocidas de todos. Sólo hemos pretendido recordar cómo se forman ahora nuestros alumnos y qué tipo de problemas adquiridos en el hogar nos traen a la escuela. Como consecuencia, urge atender la preparación para la paternidad de una manera reglada. Se ha de partir de la base de que el niño no es propiedad de nadie, que tiene derechos y que carece de la capacidad de defenderse. Por tanto, los padres que no cuiden estos derechos, que no les defiendan, que atenten contra la integridad de los pequeños deberán poder ser condenados por las autoridades judiciales. No para arrebatarles la patria potestad (salvo en casos extremos) porque los niños precisan de sus padres aunque éstos no merezcan los hijos que tienen, sino para penalizarles cada vez que se extralimiten y para obligarles a acudir a cursos de formación encaminados a procurar que la relación paterno filial sea lo más cómoda y agradable posible de acuerdo con las circunstancias de la familia.

LA EDUCACIÓN EN EL SENO DE LA ESCUELA.

Convendría observar ahora lo que ocurre en las escuelas. Y para ello recordaremos que cada maestro, proviene de una familia diferente y trae consigo una carga de vivencias y condicionantes que determinan su manera de actuar. Ni la pedagogía, ni la psicología estudiados en las facultades de educación podrán borrar ni hacer superar las características psicológicas de los individuos adquiridas en el seno de sus respectivas familias y que arrastramos desde la infancia.

Como consecuencia, todo cuanto hemos dicho más arriba respecto de los aprendizajes de los alumnos hemos de repetirlo para las características de los maestros, quienes también fueron alumnos, con el agravante de que ahora tienen la sartén por el mango. Pueden actuar desde una situación de poder y con una capacidad y una inteligencia más desarrollada que la de los alumnos y que la de muchos padres. Todavía hay en nuestras aulas demasiados maestros que castigan, que gritan a los niños, que insultan... Docentes que trasladan a la escuela la incompreensión y los modos de reprimir que ellos vivieron y que se observan en la sociedad. Algunos se justifican diciendo que lo hacen porque desde pequeños “tienen que irse acostumbrando a la dureza de la vida y a la malicia existente por doquier”.

Algunos de estos docentes suelen tener un carácter dominante, están pendientes de cómo actúan sus compañeros para criticar su estilo cuando no actúan como ellos, cuando observan que tratan de ayudar y de conectar con los niños. “Te van a dar una medalla”, “Milagros no hay” “Que los eduquen sus padres, a mi me pagan para enseñar”, “Yo no soy asistente social”, etc. Propugnan que a los alumnos hay que tratarles con dureza, no sonreírles nunca, estar siempre en guardia con ellos porque los consideran enemigos peligrosos “a los que no se puede dar la mano porque te toman el brazo”.

Algunos de esos docentes, personas inseguras cubiertos de una máscara de suficiencia, tratan de buscar el apoyo de los padres para seguir con sus malas prácticas. Les dicen: “Su hijo es muy listo, pero es muy vago”. “Arréstelo, quítele la televisión, preocúpese de que haga las tareas”. Y muchos padres, que ya suelen estar predispuestos a la desconfianza y la duda, siguen las directrices de esos maestros. En ocasiones comienzan con sus reprimendas delante de los propios docentes, delante de otros padres y de otros niños que están presentes. No tienen la sensibilidad de hablar aparte con ellos ni de enterarse primero de lo que en realidad está ocurriendo y sobre todo, no se preocupan del por qué está ocurriendo. Recordemos comportamientos tradicionales que aún hoy suelen estar presentes en algunas escuelas:

- Cuando algún niño no terminó su tarea, decimos gritando y enfadados: “Pues ahora te quedas arrestado y no sales al recreo”. Podría decirse algo así como: “¡Que pena, con lo bien que te salió esta parte... nos vamos a quedar trabajando durante el recreo para que no te retrases respecto de tus compañeros. Yo estaré un rato contigo...!”. De ese modo eliminaríamos la agresividad innecesaria que añadimos a nuestras intervenciones.

- El niño que comienza a escribir o a dibujar, borra lo que considera que no ha hecho bien. Por un exceso de celo la hoja se le ensucia y se le rompe. El maestro, de manera histriónica y como para dar ejemplo, mostraba a toda la clase la hoja sucia y rota como consecuencia del mal uso de la goma y empapada de lágrimas de impotencia por no saber realizar mejor el trabajo. “Mira que guarro”, -decía- “¿no te da vergüenza?” Y con toda solemnidad rompía la hoja mientras los insultos subían de tono y acababan con un arresto, un bofetón o un tirón de orejas.

¡Qué grave falta de sensibilidad y de respeto por el trabajo ajeno! Aquel maestro fue incapaz de comprender el interés que encierra esa actitud de rectificar lo hecho. La preocupación por hacerlo mejor, lleva al niño a borrarlo una y otra vez, con el resultado desesperante de que cada vez se le estropea más. Y como premio a su esfuerzo y su preocupación recibe ese cruel tratamiento. Esto puede ser el principio de un fracaso duradero, mientras que la comprensión, la ayuda y la orientación que recibiera en estos momentos podrían encaminarle hacia el éxito.

- Cuando los alumnos levantan la cabeza en medio de un ejercicio escrito, algunos maestros que están a la caza de las fallas solían decir con agresividad: “¿Qué miras? ¡Termina tu trabajo y no pierdas el tiempo, gandul...!” Aquellos otros preocupados por ayudar a sus alumnos, en cambio, cuando éste levanta la mirada y se cruza con la del maestro, con un simple gesto de aceptación o una sonrisa conseguían que bajara la cabeza para continuar su trabajo con entusiasmo renovado.

Pero no nos han preparado para eso. Muchos docentes piensan que es una blandenguería, que hay que tratar a los niños con dureza para acostumbrarles a luchar en esta sociedad competitiva, para que sepan enfrentarse a sus problemas futuros. Y esos maestros más duros suelen coaccionar a los más comprensivos para que sigan su estela y no se note su falta de eficacia ni sus fracasos educativos. Si a esto sumamos las exigencias de la administración que obliga al maestro a centrar su interés en las formas y en el programa más que en el alumno, la cosa se complica y la docencia nos resulta una tarea pesada, difícil y agotadora. De ahí que imploremos para que se nos devuelva la autoridad perdida a causa de lo cual muchos docentes padecen de stress y acuden al psiquiatra. ¿Pero quién tiene la varita mágica para investirnos de esa autoridad, si nosotros no la cultivamos?

Cuando un padre dictador castiga e impone su criterio “porque sí, porque lo digo yo”, los resultados son imprevisibles... Las rabietas de los pequeños en público nos intranquilizan, nos desarmar y ponen al descubierto nuestra incompetencia para educar. Cuando ocurren en privado las solemos resolver con métodos expeditivos. ¡Qué fácil...! Son tan débiles y nosotros tan fuertes...! Les reñimos, les golpeamos, les empujamos y en un alarde de valentía, les encerramos luego en una habitación diciéndoles: “¡Y llora si quieres...!” cuando no les decimos: “¡Cállate, no llores más porque te vuelvo a pegar...!” Esas rabietas infantiles son precursoras de la rebeldía que suele aparecer luego, cuando aumenta la edad. Asimismo en la escuela, cuando se imponen las normas de manera arbitraria, cuando no se escucha y se abusa de ese poder teórico que creemos haber recibido junto con el título, los alumnos se sienten incomprendidos.

Por otra parte, el maestro que sigue su programa sin ocuparse de las lagunas que traen algunos alumnos y que los ridiculiza cuando no alcanzan el nivel del curso, (que de todo hay), lleva a muchos niños inteligentes a tratar de compensar su fracasos en el aprendizaje con muestras de ingenio que pueden caer bien a sus compañeros pero que los maestros no entendemos y tratamos de reprimir con dureza. No nos damos cuenta de que con su actitud están pidiendo a gritos que se les ayude, que se les tenga en cuenta, que se disimulen sus fallas, porque ya en la familia se encargan, por lo general, de amargarles la vida con sus maneras de orientar y de exigirles. Los que son menos inteligentes, se esconden, no participan y su torpeza aumenta al tiempo que pueden almacenar rencores y frustraciones con resultados imprevisibles. (Véase lo que con cierta frecuencia ocurre en colegios americanos).

Son muchas las actitudes que provocan el deterioro de las relaciones y algunos maestros se sienten impelidos a recurrir a la autoridad del director o del jefe de estudios porque su propia autoridad ya no les funciona, la han malgastado. Ante las situaciones difíciles, como ya, por fortuna, no se puede castigar físicamente, remiten los niños a otros para que les ayuden a

controlarlos. No obstante, miles de maestros cumplen su labor sin tener que acudir a nadie fuera del aula para mantener la disciplina. De todos modos y dado el deterioro educativo que traen algunos alumnos a la escuela, se puede entender que ello se haga como un intento más de controlar la clase. Habría que analizar, sin embargo, si ello no va en detrimento de la autoridad de aquellos que se prestan a ese juego, poco serio, de castigar en frío sin conocer a fondo la situación problemática, al tiempo que se les hace perder su tiempo en problemas que ellos no han creado.

Consideramos, en resumen, que la raíz del problema está en la falta de respeto hacia los niños por parte de todos y en no tener en cuenta las carencias y modos de actuar que han adquirido éstos como consecuencia de una inadecuada educación familiar. ¡Con cuanta frecuencia llamamos a los padres para quejarnos de las conductas inadecuadas de sus hijos y cuán pocas veces los llamamos para comunicarles sus éxitos, para orientarles y coordinar acciones positivas, para que nos proporcionen datos que nos permitan conocer mejor a nuestros alumnos y así poderles ayudar en sus dificultades...!

Los puentes entre la escuela y la familia están siendo poco utilizados. El interés por el niño no llega a ser tan profundo que permita una acción coordinada entre ambas instituciones en pro del mejor desarrollo del alumno. Como estamos inseguros respecto de nuestra preparación, la familia procura resguardar su intimidad y oculta los comportamientos negativos de los hijos por temor a dejar al descubierto las propias fallas de los padres.

Los maestros actuamos, a veces, de un modo semejante. La escuela se cierra con gruesos muros que impiden ver lo que realmente ocurre en su interior. No nos decidimos a romper de una vez con esas técnicas obsoletas de la coacción y la agresividad hacia el niño porque no hemos adquirido las herramientas que pudieran sustituirlas de manera adecuada. Damos nuestra versión de los sucesos y comportamientos respecto de los alumnos tratando de quedar bien y los alumnos no tienen la oportunidad de dar su versión. Cuando lo hacen no se les suele tener en cuenta. ¡Son cosas de niños..! Reconocemos que ningún padre, ningún profesor quiere fracasar en su misión educativa. A pesar de ello, sin quererlo, abocamos a muchos niños al fracaso. Desconocemos el modo más adecuado para conducirlos al éxito y nos desesperamos ante nuestros escasos resultados.

No resulta fácil llegar, por generación espontánea, al conocimiento del niño. Nos falta preparación, tiempo, sensibilidad, medios, apoyos... Nos falta de todo. Por ello entiendo que los gobiernos debieran abordar con seriedad la elaboración de una ley integral del menor en la que se procure defender la dignidad e independencia de su estatus, los derechos que le asisten así como disponer de los medios necesarios para la salvaguarda de los mismos. En consecuencia procede completar la formación de los docentes en éste ámbito para ayudarles a superar sus frustraciones vividas con anterioridad y para darles herramientas encaminadas a cambiar esas conductas indeseables.

Las habilidades sociales para conseguir la empatía, los recursos y tácticas para establecer unos buenos canales de comunicación que son la base de la relación educativa, deberían ocupar una gran parte de los programas de formación de docentes a todos los niveles y en todas las materias. Asimismo habría que poner al niño en el lugar que le corresponde para que su consideración no se vea disminuida por un malentendido corporativismo que nos lleva a defender a los compañeros aún cuando, por faltar al respeto gravemente a sus alumnos, no se lo merezcan. Por supuesto las leyes deben velar porque la autoridad de los maestros no se vea mermada. Pero al mismo tiempo habrá que analizar el esfuerzo que los docentes realizan para mantenerla y el grado de culpa que pudieran tener cuando esa autoridad se deteriora. Y así, cuando griten, insulten o cuando no

escuchen a sus alumnos ni les orienten de manera adecuada han de poder ser apercibidos y sancionados de acuerdo con la gravedad de las fallas que cometan. En los casos graves se podría llegar a la suspensión por un determinado período de tiempo.

Estamos cada vez más convencidos de que no se puede modelar personajes plenamente válidos sobre la base del castigo y el acoso. La sombra de la mezquindad estará siempre presente, rondando alrededor de los individuos que así son educados.

¿QUÉ HACER?

Es fácil criticar y muy difícil actuar en consecuencia. Sin embargo, nos atreveremos a dar unas pautas para que otros más preparados decidan lo mejor.

1.- Como punto de partida, consideramos muy urgente crear una Ley integral del menor, encaminada a respetar su estatus y a protegerle de toda violencia. Y dentro de ella se podría mantener y endurecer las penas contra el acoso en todos los órdenes (alumno-alumno) (profesor-alumno) (alumno-profesor) (padres-profesores) (profesores-padres), etc...

2.- Con la misma urgencia una Ley de educación para padres. Además de un período de formación obligatorio se podría buscar un sistema de puntos semejante al carnet de conducir. Los padres podrían llegar a perder la patria potestad temporal o definitivamente si no cumplen sus obligaciones de manera adecuada. Por tanto, hay que dictar leyes que permitan arrebatar la patria potestad, personas responsables de la propia familia que les acojan y tribunales especializados, adecuada supervisión de todo ello, etc.

3.- Mientras tanto, proporcionar, por ley, la autoridad que los maestros reclaman dándoles las necesarias estrellas o galones en cuanto a su relación con los padres para evitar situaciones de agresión verbal o física por parte de éstos. Pero con un cierto control (No un poder absoluto sino constitucional). La autoridad respecto de los alumnos, sin embargo, han de ganársela ellos y se valorará su capacidad para llevar a cabo su tarea con eficacia y mantener la disciplina. Paralelamente, hay que prohibir el grito, los silbatos, los insultos, la falta de respeto de los maestros hacia los alumnos. En los casos graves se podrá proponer la separación temporal o definitiva del cuerpo.

4.- Regular el establecimiento de la relación padres-escuela con realismo y firmeza para fortalecer al niño. La educación es el pivote sobre el que se apoya toda la estabilidad social y la única que permitiría, si no erradicar si disminuir de manera muy significativa la violencia en la familia y en la sociedad. Y ello sin contar con el hecho cierto de que sin educación no hay progreso. Participación de los padres en la vida de la escuela de manera reglada. Dentro de una actividad normal común en las clases, establecer adaptaciones individuales de acuerdo con las características y condiciones particulares de los alumnos. Y todo ello con la necesaria supervisión.